

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
VII

ESCRITORES CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

ESCRITORES CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



MANUEL GAHETE
JURADO
Coordinador



MANUEL GAHETE JURADO
Coordinador

2023

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

MANUEL GAHETE JURADO
Coordinador

ESCRITORES CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA
2023

ESCRITORES CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón VII*)

Coordinador científico y editorial:
Manuel Gahete Jurado, académico numerario

Portada: Fotografía de Juan de Dios Torralbo Caballero

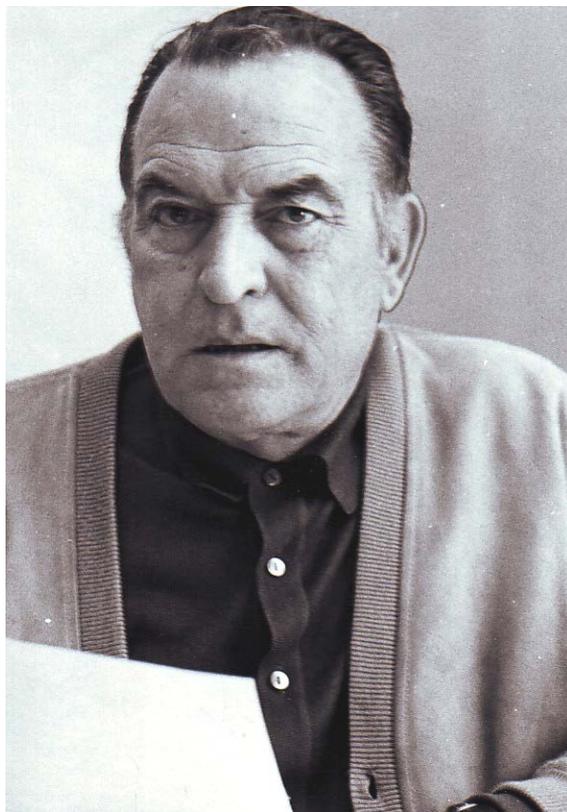
© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-127942-3-6
Dep. Legal: CO 2168-2023

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**UN RELATO INÉDITO DE JUAN BERNIER
(1911-1989)**

JUAN ANTONIO BERNIER
Académico correspondiente

Resumen

En este artículo se presenta por primera vez un relato de autoficción rigurosamente inédito, perteneciente al poeta y humanista cordobés Juan Bernier (La Carlota, 1911 – Córdoba, 1989), miembro fundador del Grupo Cántico y de la revista del mismo nombre.

Palabras clave

Juan Bernier, prosa inédita, Grupo Cántico, Autoficción.

Abstract

This article presents for the first time a rigorously unpublished autofiction story, belonging to the poet and humanist from Córdoba Juan Bernier (La Carlota, 1911 – Córdoba, 1989), founding member of the Grupo Cántico and the magazine of the same name.

Keywords

Juan Bernier, unpublished prose, Grupo Cántico, Autofiction.

1. Presentación del relato

En las Jornadas desarrolladas entre los días 6 y 7 de junio de 2023 en nuestra sede provisional de la calle Alfonso XIII, dirigidas por el académico don Manuel Gahete Jurado, presenté una disertación titulada “Juan Bernier: obra incompleta”. En ella esboqué la necesidad de dar a conocer algunos aspectos inéditos de la obra del humanista cordobés, como su trabajo doctoral sobre el pintor Antonio Palomino, numerosos artículos nunca recogidos en libro y el relato inédito que hoy presento.

Este trabajo no tiene otra finalidad que poner a disposición de la comunidad intelectual dicho relato. Corresponderá, por tanto, al estudioso académico, entrar en las ricas consideraciones que la emergencia a la luz pública de este texto pueda implicar.

Por mi parte, me limitaré a presentarlo de manera sucinta con los datos e ideas de que dispongo en este momento, a ofrecer una edición austera y a brindar el manuscrito original mediante fotografías que permitan al especialista cotejar y mejorar mi propuesta y ahondar con mayor extensión y agudeza en sus consecuencias científicas y literarias.

El manuscrito en cuestión aparece en forma mecanografiada (trece cuartillas), corregidas a mano de puño y letra por el propio Bernier, entre la documentación que el poeta lega tras su muerte y que se encuentra en posesión de la familia. Concretamente, las trece holandesas aparecen unidas por un clip junto a las carpetas de su diario íntimo (editado por mí en 2011 para la editorial Pre-textos). Al carecer de las marcas propias de un diario (datación sistemática de fechas) y por su claro carácter autoficcional, parece evidente que se trata de un relato autónomo, independiente del diario.

Como puede comprobarse en el apéndice fotográfico, el texto mecanografiado contiene correcciones y aditamentos escritos a mano. Entre los más curiosos, destaca la palabra “Boston”, escrita débilmente a lápiz en la primera página. También en ella, “Pablo en tienda José Rey en JML”. Así como algunos números que indican, muy probablemente, la fecha en que suceden los acontecimientos narrados (ignoramos si coincide con la fecha de escritura): 1958, 59 o 60: aproximadamente cuando el autor contaba cuarenta y siete años; cantidad que este suma, también a mano, como puede observarse, a su año de nacimiento, en 1911.

Además del anticuario cordobés José Luis Rey, se mencionan otros nombres conocidos, destacando Pablo García Baena, Ricardo Molina y Miguel del Moral. Del mismo modo, se citan lugares muy reconocibles en la Córdoba de la época como el Boston, el Gran Bar o la taberna Plateros. A pesar de las referencias a personas y lugares reales, incluido el propio Juan Bernier, quien aparece como un personaje más, la narración en tercera persona (con curiosos cambios momentáneos a la primera) hace pensar que pueda tratarse de un claro ejemplo de autoficción. Se trata de una anomalía digna de estudio, ya que no se conoce ningún texto del autor de *Cántico* con estas características.

El relato carece de título. Yo propongo “Boston”. Tanto por su contenido como por la posición que ocupa esta palabra escrita a lápiz, en el centro de la parte superior de la página. Es tan solo una propuesta.

Al igual que la transcripción que se ofrece a continuación. Dicha transcripción puede cotejarse con original del apéndice fotográfico, que pongo a sí mismo a disposición de la comunidad científica.

2. El relato

BOSTON

por Juan Bernier

Ciertas personas tienen el humano temperamento de estar ligadas, de depender de alguien, de querer (y ser queridas también, se entiende) durante toda su vida, sin que puedan imaginarse que eso es posible en la vida extrauterina.

Así lo pensaba Juan Bernier, no lo decía, completamente solo frente a una copa de ginebra. La palabra “solo” era la que más le chocaba de todo su discurso pensante y verdaderamente se detuvo en ella.

¿Cuándo había estado solo? Llamó al recuerdo, hizo historia y no encontró fecha, día ni lugar para que él, Juan Bernier, un sujeto de cerca de cincuenta años, lo hubiese estado alguna vez.

- Ahora estoy solo, pero -se paró...-, ahora estoy solo si perdiese la memoria, si fuese otro, si volviese a nacer. Si no estuviese aquí.

...

Desdichadamente escribiendo en su despacho cada cosa, cada objeto, cada puerta, ventana, lámpara, libro o pared que miraba estaba impregnado, ligado a una compañía. Volvía a beber ginebra mientras su pensamiento daba un salto. Ricardo Molina estaría esperándole en Boston a las ocho aproximadamente. Angelines estaría en su tocador preparándose laboriosamente para salir. Y él, ¿dónde estaría? Aquí se paró su pensamiento, pero se paró porque él lo detuvo, lo cortó...

Había estado con Pablo García Baena por la tarde. Una azotea desde donde se adivinaban las orillas del río y horizontes de iglesias y conventos. Pablo colocaba en las vitrinas las tabaqueras de plata, los rosarios de coral, los floreros de porcelana. Estaba en su tienda de antigüedades sin que hubiese llegado el patrón que precisamente a Juan Bernier le molestaba. ¿Por qué era tan dulce Pablo? Hay seres que lo son, pensaba Juan, sin más explicación.

¿Y por qué se llama “estar solo”, cuando no solamente cosas, sino personas, sucesos, historias, están en nuestro pensamiento? Casi un reproche había en el pensamiento mismo. Pero no, la mente no es una pizarra ni existe un trapo que borre definitivamente. Aquí en el despacho está, la veo, la luz de mi lámpara sobre el azul oscuro de la mesa camilla, el cenicero humeante y la copa amplia con la ginebra que se mueve, porque al escribir la mesa oscila como escribiendo también un lenguaje que es el de mi propia pluma. Sí más bien es un deseo el de estar solo que una realidad. Porque oigo conversaciones de la calle sin entenderlas y acaso espero. Porque unos momentos estoy en la calle Gondomar, otros en Ciudad Jardín, otros en el bar del Círculo y luego me doy cuenta y luego me doy cuenta de que donde realmente estoy es aquí. Y encuentro raro, misteriosos, verme a mí mismo, sin una proximidad física de la indispensable persona amiga, conocida o desconocida. Analizándome, estoy deseando salir, no es mi costumbre este silencio que detrás de la lámpara se confunde con la oscuridad. Mi ventana está cerrada, pero tengo un resquicio abierto. Mi puerta está cerrada, pero espero al inesperado escándalo del timbre. Espero a no sé quién, pero alguien, en otras ocasiones, inesperadamente, ha venido. Y está bien esto de esperar, sin saber a quién. A veces un raro mendigo, a veces un vendedor de máquinas de escribir, muchas veces unas monjitas que piden, otras un cliente, a veces un muchacho con un recado, otras... Estas otras no llegan pero, por Dios, siempre son esperadas. Indudablemente me estoy aislando, pero es a pesar mío. Mido los pasos de la calle y distingo si son de hombres o mujeres. Pero es éste el signo del cordón uterino que conservo hacia el exterior, de la cadena con que estoy unido a la gente, al fracaso de una soledad que me asedia, pero a la cual yo no quiero en absoluto. Necesito beber ginebra, porque hace dos horas que estoy solo. Y siempre he bebido el vino, la ginebra, con los demás. Con los demás...

Abro más la ventana. Quiero que la luz de mi lámpara dé el signo de que yo estoy aquí. Alguien puede venir. Yo soy abogado. En el portal está mi nombre, en una placa de cristal. En mi puerta, una plaquita metálica. Horas de despacho: de 5 a 7. Y son las 7:30 y no ha venido nadie. Ni los testigos del divorcio de ayer, de ese portero de la Facultad de Veterinaria que anoche a las 10 se presentó en mi casa. Ni el pequeño Ramón, que ahora tiene 15 años, y el otro día me quitó quince duros del bolsillo de la chaqueta. Ni Ricardo el poeta que, aquí,

toma bicarbonato, otea con grandes ojos de gato, creo que hasta huele, y me lee trozos de los presocráticos y de la escuela esenia.

Sí, Juan Bernier está solo. Pero no solo, está viejo. ¿Será posible que no hayas pensado en tu fracaso?... Ah, ya no miro más la claridad glauca de la lámpara. Otras lámparas, las de la calle, me atraen. Desde casa hay una dos, tres, quince, treinta. ¿Por qué salgo? Voy contando las farolas, vigías de luz hiriente en la noche húmeda. Pero no son luces, sino personas, lo que busco. Cuando el primer amigo me mira, con su acostumbrada y amable sonrisa, parece que me uno a algo indispensable y que mi *yo* desgajado lo pego, lo encadeno a mi personalidad de grupo, de afecto. Mi *yo* no es mi *yo* sino cuando vive otras existencias, cuando esa libertad, ese horizonte hosco de la libertad se rompe por el eslabón del abrazo, por la esclavitud del saludo, por el aldabonazo cariñoso de la mano en el hombro. Apenas unos minutos y una cerveza bastan para que esta sola persona encontrada sea la representación, la presencia, mejor dicho, de todos los encadenados del engranaje de mi *yo*. Este Manolo Villegas, grandón, cordial, este Manolo que, ni demasiado inteligente, ni demasiado torpe, hace sus horas de vino en la barra de Boston. Pero en Boston no se mira a la barra, angular y roja, franja de madera de ciprés oscuro. No se miran las botellas de Jerez, con su sinfonía de rojos, amarillos y rosados, transparentes por el blancor lívido de los tubos de neón. No se mira a los solitarios que, con su copa y su tapa de salmón nadando en jugo de tomate, mastican aislados con un cierto pudor y un recelo de que alguien interrumpa el minúsculo rito de su apetito. No se mira, porque ya está bien vista la sotana astrosa del anciano y peludo capellán del cementerio, con su perro y su sotana manchada de lutos y de aceites. Ni al mismo administrador del marqués, repelente como un saurio, escurridizo, que bebe despacio, con falsa elegancia, y conversa siempre con la misma gente. No se mira adentro, miramos solo los dos grandes ventanales, que crean un escaparate a la gran plaza, con su estatua ecuestre y unas aceras repletas de paseantes, muchos de los cuales no volveremos a ver nunca, mientras otros, una y otra vez, aparecen de vuelta a vuelta, como una noria de personajes conocidos.

Desde el bronce central que preside la plaza, un espacio vacío de asfalto cruzado por grandes autobuses se apretaba contra las tiendas, los cafés, los escaparates, con gente y carnes movedizas, como contenidas en un redil por las reglas municipales. Pero he aquí que, en esta cinta movable, estaba todo lo que nos hacía no mirar a la barra y vol-

vernos sobre las transparentes vidrieras de nuestro escaparate. Se miraba afuera y muchas veces éramos mirados desde fuera. Día tras día y año tras año, el sitio (yo me acordaba mirando arriba, donde la sola estatua de Neptuno de una compañía de seguros tenía algo de instintivo animal) y, sin duda, nosotros éramos impulsados a estar allí por oscuras razones enteramente involuntarias. Y hasta tal punto era esto verdad, que de aquel flujo de gente que a todas horas pasaba sabía uno sin pensarlo las migraciones e inmigraciones, los tipos, las clases, el objetivo de su movimiento, sus rutas, movimientos tan seguros como las mismas cigüeñas vecinas en sus ciclos migratorios. Se lo decía a Manolo:

“Todas las ciudades tienen una plaza. Es un espacio vacío, precisamente vacío para ser llenado. La ciudad como unidad no ha tenido siempre más que una plaza. La gente se congrega allí porque es el centro, el corazón de un conjunto. Cuando todos estábamos allí, hablaba viva, palpitaba la ciudad. Desde Atenas hasta las ciudades de ahora, porque ahora ellos han disociado su corazón único, lo han partido y repartido lentamente y se está matando a la ciudad-persona. La misma capital de provincia, esta Córdoba nuestra, se ha ido trasladando, conforme a su ensanche y crecimiento especial, a otros sitios más lejanos, pero aún Córdoba, todavía, conserva esta plaza. Pienso en la otra, la de allí abajo, que vive con un siglo de retraso, es la plaza del siglo diecinueve. Aún pudiera haber otra que fuera la abuela de ésta, pero en una ciudad pequeña [ininteligible] es un solo corazón que se ha movido. Pedro el Cruel, en el siglo quince, quiso llenar su fuente de tetas de mujeres cordobesas. La llenó con las cabezas de los nobles. Lucero, el Inquisidor, encendió en un solo día cincuenta hogueras y, con los santos fuera, las dalmáticas, las salmodias y los inciensos, quemó ciento doce hombres ciertamente marranos, incluidos mujeres y niños, cuyos gritos eran apagados por rosarios y letanías. Plaza, corazón y suceso, plaza como ésta, viva, y que tiene su historia, su palpitación, recogiendo la de las plazas anteriores, plazas de sangre, de alegría, de lujuria. Plazas del Dios de cada uno y del demonio de cada uno...”

Indudablemente, Manolo no me oía y callé mi inútil charla, porque a mí mismo me pareció que estaba diciendo una letanía erudita y ridícula.

“Bueno, ya está ahí” -dijo Manolo, dándome un golpe cariñoso en la espalda. Me di cuenta. Tenía que irse. Se introdujo y perdió en la

cinta de la gente, en el engranaje, y desapareció. Fui entonces a la barra y en el espejo deslumbrante mi rostro apareció sucio y mis ojos, más aún. Sí, mis ojos debían estar sucios de tanto ver. Sentí envidia del color de los vinos, de los coñacs transparentes con su claror y sus aromas líquidos, enclaustrados y vírgenes. Y salí yo también y me hundí en el baño de los ojos, de miradas de movimiento, que la plaza me tendía, sucia de deseos escondidos, de oscuras intenciones y morbosos apetitos... que tanto me atraían...

...

Apenas salí a la gran acera, la garganta se me llenó de la humedad caliente que la lluvia de la tarde había dejado. La plaza estaba tibia, como si fuese calentada por el aliento colectivo de cientos de bocas, que respiraban y hablaban.

El cielo no era más que anuncios luminosos, con un cromatismo monótono. *Inmente* yo llevaba, siempre que acudía a la gran plaza, una justificación para estar allí. Pero, hasta encontrar otro amigo, él estaba solo. Pasear así, incluso para él, era harto sospechoso. La cinta aquella, de codo, con codo, era sólo rastro de ojos que veían y eran vistos.

Pero había una cierta voluptuosidad en ir solo. Se pasaba gradualmente de una amargura a un cierto optimismo y el yo iba cobrando energía, porque se iba concentrando y abriendo un mundo de posibilidades. Caminar era explorar. El mundo exterior invitaba en todas las direcciones, amplio y abierto. Caminar era sustituir la angustia del yo por múltiples esperanzas difusas. Todo se olvidaba, disgustos con la gente, crisis y amarguras. Se caminaba sin esperar de nadie, sin depender, plenamente independiente. Ese nadie, sin embargo, tenía un mundo dentro, el mundo vivo de lo abandonado, de todo lo oído como amor, amigos y conocidos más o menos ligados con mi persona. Cuando marchaba del Gran Bar hacia la barra del Boston, era como si todos los seres tuvieran una careta de bruma que me hacía desconocerlos y pasar a su lado, sin verlos siquiera. Yo, sin duda, me había metido en su caracol mental, como tocando un erizo puntiagudo e hiriente, y sólo las cosas inanimadas me parecían ir cobrando vida, sustituyendo a las personas por una extraña compañía de cosas mudas. Pero el coplear, bebiendo despaciosamente, me hacía ver el cristal lagrimeante, el caldo dorado de la uva, las botas, las umbrías de la bodega, el bur-

bujeo de las tinajas. Todas esas cosas eran vivas también, dotadas de movimiento, cualidades y, tan mansas, que más que las personas me interesaba esa bondad incansable y movediza que nacía [en] que nacían y morían o simplemente existían sin ser personas. Las cosas eran amigas permanentes; los amigos, no. Pero es curiosos que esa vida que yo les daba a las cosas dependía de mi afán por tener un diálogo de los ojos, del tacto mismo, con ellas, de la percepción hasta mi propio cerebro pensante. Mi gabardina, mis zapatos, mis cosas... Y me acordaba del “hato” de los mendigos solitarios, que tropezaban por los caminos. ¿Qué cosas serían las suyas? A parte de los trigales verdes, del aire frío, del sol pálido, del asfalto, que también era suyo, ¿qué cosas serían aquellas? Quizás un pañuelo roto, una navaja mellada, un pantalón viejo, unas pobres monedas liadas en un harapo viejo. Pero eran sus cosas y, más que su utilidad, se estimaba su compañía, el tener algo suyo, algo... Y pasando al sentido de la propiedad, al salir Juan Bernier al aire libre, como un mendigo bien vestido, comprendió que había cosas en que antes no había pensado, y eran suyas y podían ser amigas, para comprenderlas y ser comprendidas. Sí esta niebla transparente, que nimbaba las grandes farolas; la película acuosa que envolvía a la ciudad; las nubes, como hinchadas, senos acuosos del agua, en lo alto; el espacio abierto de las calles; las posibilidades de ir y de no ir, de cambiar de dirección por inexplicables caprichos íntimos; todo ello era también una compañía, algo que completaba el desgajamiento de la relación humana que, si yo no había roto totalmente, ansiaba romper. Quizás era posible una libertad, pensó amargamente, porque el peso de su historia era todo servidumbre a lo más insospechado y lo más ridículo; pero sin saber si era libre o no, caminaba sonámbulo hasta la taberna de los plateros, donde había otra barra. Pero esta barra era más ancha, más pulida, como una gran masa de manjares líquidos donde, sin pedirlo, le pondrían una alta y fina copa prensada de amarillo por el caldo de Montilla. Vino amargoso, con un aroma que desnaturalizaba el ruido y las luces de neón de la taberna, absurdamente modernizada. Bebí un poco más deprisa que de costumbre, porque una reunión de conocidos llegaba. El tic de la pierna derecha le dio un aviso. Su pierna sana era la derecha, pero tenía un tic, una sensación de hormigas, de sequedad. No le quedaba sino la manía de cuidarse, como médico, de sí mismo.

Como otras veces, instintivamente, se dirigió a Boston y pidió una ginebra, única medicina experimentada con éxito sobre tal tic. Él

comprendía cierto peligro en tal píldora, pero le era necesaria. A partir de la copa de ginebra vendría otra y así, sucesivamente, se encontraría dispuesto a empezar un recorrido a la vez consciente y a la vez reprimido. Más tarde. Era el punto de transición de lo que Angelines llamaba el Juan de día y el Juan de noche.

Había tres pasos desde Boston hasta la puerta de la farmacia donde Ana vendía cigarrillos. Esta era una etapa. Digamos que la escala se había encontrado, porque Juan Bernier era caritativo. Vio a Ana por primera vez en un frío día de diciembre, arrebujada en su manta, con las mejillas amoratadas y sus manos desnudas, ofreciendo una cajetilla de tabaco negro. Él no se habría quitado los guantes ni desabrochado el abrigo, porque la temperatura a la prisa y al vaso cálido de alcohol en la taberna de enfrente, pero lo hizo, y Ana ya le miraba al llegar, le conocía y le guardaba su tabaco preferido, hasta cuando era difícil su encuentro.

- Aquí tiene su tabaco.

A veces, delante de ella, ni siquiera la oía, porque miraba a otra cosa. Allí mismo tres calles se juntaban, estrechas, pero con un agudo ajedreo de idas y venidas. Una era más oscura, casi solitaria, a las horas vespertinas.

- Su paquete.

- Ah, sí.

Y, maquinalmente, lo recogía, porque una figura joven se alejaba, volviendo una y otra vez la cabeza, por aquella calle. Era casi un niño, con vestido azul sucio y la cara muy de barrio y morena, que a mi mirada le recordaba algo. Pero se intranquilizó. Podía mirar que él miraba, y la dejó perder.

Le parecía ver que alguien que salía de Boston tomaba su misma dirección y de pronto una, y después otra, figura doblaban al fondo por donde él desaparecería también.

- ¿No ve Vd. por dónde va?

- Perdone.

Era un tipo atlético al que había que pedir perdón, sin duda, una especie de viajante con un maletín, grandes bigotes negros, madrileño acaso, o un gitano distinguido.

- Vaya Vd. con Dios, don Juan.

¿Qué hacía Ambrosio en la puerta del Gran Bar, perfectamente vestido y con su cara de gallego sano, aún más roja que el anuncio de la farmacia? A mi pregunta, con el gesto aquel levantó los hombros como diciendo: “Espero. Oh, es verdad”. ¿Había alguno que no esperase en aquella plaza? Estábamos en la plaza de las esperas, de las esperanzas y casi siempre de los desesperos. Juan sintió como un velo de amargura pasar por su pensamiento. De las dos formas de esperar, él había pasado por la primera, la de esperar a alguien determinado y, ahora, como aquel pobre de Ambrosio, esperaba, pero esperaba a nadie, al indeterminado, a no se sabe quién.

Y rápidamente volvió a Boston a beber. Era más hermoso esperar lo desconocido, sin en realidad merecía la pena el esperar algo. Ambrosio esperaba de pie en el quicio de una puerta. El rasurado platero cuarentón esperaba en una mesa solitario, con la mirada fija en la calle. La cuarentona viuda de Bergillos esperaba con la confianza de sus ropas multicolores y su cara empolvada. Los pilluelos del Campo de la Verdad esperaban a un rubio danés o a un viajante, que los llevaría al hotel. Yo esperaba en Boston.

El capellán y su perro se habían ido, pero la barra estaba llena. Saqué la copa amarilla de vino de Moriles y, como un rito, mirándola, la puse en los labios, comparando mentalmente su sabor con los vinos que probaría después. Era la primera copa, porque la primera no se saborea. Tenía dignidad, transparencia como un alimento, como algo tangible, y en mis manos este algo se personalizaba, humanizándose el sorbo como en una comunión. Lo bebía poco a poco, pequeñas porciones de líquido amarillo computaban el tiempo de mi soledad. La última era como la de una clepsidra que se agota y da la hora de irse o de poner en marcha, otra vez, el reloj amarillo. Opto por salir a la plaza donde el gran reloj estaba mudo, aunque ya eran cerca de las nueve.

“¿Dónde estará Ricardo?” Me disgusto conmigo mismo, porque está pregunta la pensé con impaciencia. “Tengo tendencia a considerar mío el tiempo de los demás. No es sólo eso sino, precisamente como algo mío, su persona misma. ¿Y qué derecho tengo...?”. Pero, aunque no tuviera razón, estaba molesto. El no encontrar a Ricardo rompía la costumbre, y yo era un hombre de costumbres. Pero, ¿acaso no era yo inteligente para saber que, por agradable, tranquila y gozosa que fuera la costumbre, la variación proporciona más vida, más posibilidades, más misterio sin duda? Verdad. Pero de asno yo tengo algo. De tropezar, no dos, sino cien veces. ¿Es uno lo que es, o lo que quiere ser? Sin

duda, nos juzgamos por este deseo de lo que no somos y, así, nos consideramos buenos, justos y mejores. En el número de calificaciones que uno se aplica es muy difícil encontrar una desagradable. Si por la fuerza de la circunstancia se le aplicase, es difícil de creer para uno mismo e íntimamente lo rechazamos. Menos mal que los demás se encargan de que nos demos cuenta, con o sin ironía. Sin duda se piensa muy rápidamente cuando me doy cuenta de que, instintivamente, he pedido una cerveza en el Gran Bar, porque el vino es detestable. Es como una escala provisional, porque el Gran Bar es el ojo enorme de la gran acera. Es difícil que delante de sus amplias cristaleras todos, poetas, artistas, oficinistas, artesanos, no pasen frente a este ojo, mirando también. Veo la faz de mauritano del pintor Miguel del Moral. Zesti, disimulando en tranquila distracción unos ojos hirvientes, que chupan miradas y al mismo tiempo preguntan con sus rayos ópticos. Veo al abogado Calvo, con la cabeza baja, oteando los pantalones de los mocetones. Veo el magnífico tipo abacial del canónigo Sixto, con su mano fina, tropezando al azar sobre bultos reales o ficticios. Veo al pequeño de pantalón corto que trabaja en el “oficio”, con su cigarrillo en la boca, incitante y poseído de su atracción en su cara pícara. Y, al lado, la figura rubia del chantajista que mira al pintor, al abogado y al cura, y sólo espera a sorprender los contactos secretos para aprovecharse de su oficio. Y eso que hoy domingo las madres y los chiquillos llenan el bar, los endomingados beben cerveza y comen tapas, mientras el marido se aburre o se impacienta. Pero es su día, el de las mujeres casadas o sin casar, que se cuelgan, en estos días, los más extraños aditamentos y vestuarios sobre sus figuras, muchas veces, horrorosas. Las solteras todavía no tienen esa dignidad que, con los años, convierten a las simples mujeres en madres más o menos respetables. Pero esas solteras, que comen sus gambas con dedos de doncella bien educada en colegios de monjas, son como pavos reales femeninos y ellas están pendientes de ser contempladas, porque creen firmemente que es un deber de los hombres mirarlas y admirarlas.

“Mira el bello sexo...” Decía la otra noche Ricardo, viendo pasar una provocativa, multicroma, recompuesta y ajada pava real femenina. En realidad, casi todas las mujeres merecían ese comentario, soltado con toda el alma por Ricardo. A mí, no obstante, me parecía que sólo una educación absurda convertía a los cuerpos humanos de las mujeres en algo artificial, exteriormente ridículo, irritante y tonto. Todas habían nacido desnudas, como es natural, con la cara limpia, con sus

movimientos, con su virginidad de maneras, con la gracia de una verdad humana. Esa gracia la veía yo en las adolescentes que salía de la piscina, en las que se veía su sangre, su carne, su olor, su cuerpo limpio, como recién nacidas, sin mancha. Pero aquí no. Todas las mujeres y algunos hombres salían vestidos de máscara, y yo salí de la pajarera maternal del bar esta tarde de domingo, esta tibia noche que acariciaba como terciopelo húmedo. Entre el ruido de la gente sobresalían los gritos de los muchachos que vendía los resultados deportivos. ¿Cuánto tiempo llevan las gentes contemplándose unas a otras? Los domingos son horrorosos; unos seres disimulan para que no los vean, otros seres son hombres o mujeres escaparates de pedrería y quincalla, de basurería y falsa creencia de autoalienación de ser dignos y que los demás los vean.

3. Apéndice

Ciertas gentes tienen el humano temperamento de estar ligadas, de depender de alguien, de querer (y ser queridas también, se en tiende) durante toda su vida, sin que puedan imaginarse que eso no es posible en la vida extrauterina.

Así lo pensaba Juan Bernier, no lo decía, completamente solo frente a una copa de ginebra. La palabra solo era la que más le chocaba de todo su discurso pensante, y verdaderamente se detuvo en ella.

¿Cuándo había estado solo? Llamó al recuerdo, hizo historia y no en contró fecha, día ni lugar para que él, Juan Bernier, un sujeto de cerca de 50 años, lo hubiese estado alguna vez.

Ahora estoy solo -pero se paró...- Ahora estoy solo si perdiese la memoria, si fuese otro, si volviese a nacer. Si no estuviese aquí.

....

Desdichadamente escribiendo en su despacho cada cosa, cada objeto, cada puerta, ventana, lámpara, libro, o pared que miraba estaba impregⁿ nado, ligado a una compañía. Volvía a beber ginebra mientras su pen^s samiento daba un salto. Ricardo Molina estaría esperándole en Pos^{ton} ton a las ocho aproximadamente. Angelínes estaría en su tocador pre^{pa} parándose laboriosamente a salir. Y él ¿dónde estaría? Aquí se paró su pensamiento, pero se paró porque él lo detuvo, lo cortó...

Había estado con Pablo García Baena por la tarde. Una azotea desde donde se adivinaban las orillas del río y horizontes de iglesias y conventos. Pablo colocaba en las vitrinas las tabaqueras de plata, los rosarios de coral, los floreros de porcelana. Estaba en su tien^{da} da de antigüedades sin que hubiese llegado el patrón que precisamente a Juan Bernier le molestaba. ¿Por qué era tan dulce Pablo? Hay seres que lo son, pensaba Juan sin más explicación.

Y ¿por qué se llama estar solo cuando no solamente cosas, sino per^{ir}

sonas, sucesos, historias están en nuestro pensamiento? Casi un reproche había en el pensamiento mismo. Pero no, la mente no es una pizarra ni existe un trapo que borre definitivamente. Aquí en el despacho está, la veo, la luz de mi lámpara sobre el azul oscuro de la mesa camilla, el cenicero humeante y la copa amplia con la ginebra que se mueve porque al escribir la mesa oscila como escribiendo también un lenguaje que es el de mi propia pluma. Sí, mas bien es un deseo el de estar solo, que una realidad. Porque oigo conversaciones de la calle sin entenderlas y acaso espero. Porque en unos momentos estoy en la calle Gondomar, otros en la Ciudad Jardín, otros en el Bar del Círculo y luego me doy cuenta de que realmente donde estoy es aquí. Y encuentro raro, misterioso, verme a mí mismo, sin una proximidad física de la indispensable persona amiga, conocida o desconocida. Analizándome, estoy deseando de salir, no es mi costumbre este silencio que detrás de la lámpara se confunde con la oscuridad. Mi ventana está cerrada pero tengo un resquicio abierto. Mi puerta está cerrada pero espero al inesperado escándalo del timbre. ¿espero no sé a quién, pero, alguien, en otras ocasiones, inesperadamente, ha venido. Y está bien esto de esperar, sin saber a quién. A veces un raro mendigo, a veces un vendedor de máquinas de escribir, muchas veces unas monjitas que piden, otras un cliente, a veces un muchacho con un recado, otras.... estas otras no llegan, pero, por Dios, siempre son esperadas. Indudablemente me estoy aislando, pero es a pesar mío. Mido los pasos de la calle y distingo si son de hombres o mujeres... Pero, es este el signo de el cordón uterino, que conservo hacia el exterior, de la cadena, con que estoy unido a la gente, al fracaso de una soledad que me asedia, pero, a la cual, yo no quiero en absoluto. Necesito beber ginebra porque hace

dos horas que estoy solo. Y siempre he bebido el vino, la ginebra, con los demás. Con los demás....

Abro más la ventana. Quiero que la luz de mi lámpara dé el signo de que yo estoy aquí. Alguien puede venir. Yo soy Abogado. En el portal está mi nombre, en una placa de cristal. En mi puerta una plaquita metálica. Horas de despacho: de 5 a 7. Y son las 7.30 y no ha venido nadie. Ni los testigos del divorcio de ayer, de ese portero de la Facultad de Veterinaria que anoche a las 10 se presentó en mi casa. Ni el pequeño Ramón que ahora tiene quince años, y el otro día me quitó quince duros del bolsillo de la chaqueta. Ni Ricardo el postero que aquí toma bicarbonato, otea con grandes ojos de gato, creo que hasta huele, y me lee trozos de los presocráticos y de la escuela esenia.

Sí, Juan Bernier está solo. Pero no solo, estás viejo. ¿Será posible que no hayas pensado en tu fracaso?.. Ah, ya no miro mas la claridad glauca de la lámpara. Otras lámparas, las de la calle me atraen. Desde casa hay una, dos, tres, quince, treinta. ¿Por qué salgo? Voy contando las farolas, vigías de luz hiriente en la noche húmeda. Pero no son luces, sino personas a las que busco. Cuando el primer amigo me mira, con su acostumbrada y amable sonrisa, parece que me uno a algo indispensable, que mi yo desgajado, lo pego, lo encadeno a mi personalidad de grupo, de afecto. Mi yo, no es mi yo, sino cuando vive otras existencias, cuando esa libertad, ese horizonte hosco de la soledad, se rompe por el eslabón del abrazo, por la esclavitud del saludo, por el aldabonazo cariñoso de la mano en el hombro. Apenas unos minutos y una cerveza bastan, para que esta sola persona encontrada, sea la representación, la presencia mejor dicho, de todos los encadenados en el engranaje de mi yo. Este Manolo Villegas gran-

dón, cordial, este Manolo que ni demasiado inteligente, ni demasiado torpe, hace sus horas de vino en la barra de Boston. Pero en Boston no se mira a la barra, angular y roja, franja de madera de ciprés oscuro. No se miran las botellas de Jerez, con su sinfonía de rojos, amarillos y rosados, transparentes por el blancor lívido de los tubos de neón. No se mira a los solitarios, que con su copa y su tapa de salmón, nadando en jugo de tomate, mastican aislados, con un cierto pudor y un recelo, de que alguien interrumpa el minúsculo ríto de su apetito. No se mira, porque ya, está bien vista, la sotana astrosa del anciano y peludo capellán del cementerio, con su perro y su sotana manchada de lutos y de aceites. Ni al mismo administrador del marqués, repelente como un saurio, escurridizo, que bebe despacio, con falsa elegancia y conversa siempre con la misma gente. No se mira adentro, miramos ^{red} los dos grandes ventanales, que crean un escaparate a la gran plaza, con su estatua ecuestre y unas aceras repletas de paseantes, muchos de los cuales no volveremos a ver nunca, mientras otros, una y otra vez, aparecen de vuelta a vuelta, como una noria de personajes conocidos.

Desde el bronce central que preside la plaza, un espacio vacío de asfalto, cruzado por grandes autobuses, se apretaba contra las tiendas, los cafés, los escaparates, con gente y carnes movedizas, como contenidas en un redil por las reglas municipales. Pero, he aquí, que en esta cinta movable, estaba todo lo que nos hacía no mirar a la barra, sino ^y volvernos sobre las transparentes (~~vitrinas~~) vidrieras de nuestro escaparate. Se miraba afuera, y muchas veces eramos mirados desde fuera. Día tras día, y año tras año, el sitio (yo me acordaba mirando arriba, donde la sola estatua de Neptuno de una compañía de seguros, tenía algo de instintivo animal y sin duda, nosotros eramos impulsados a estar allí, por oscuras razones enteramente involun

tarias. Y hasta tal punto era esto verdad, que de aquel flujo de gente que a todas horas pasaba, sabía uno sin pensarlo las migraciones e inmigraciones, los tipos, las clases, el objetivo de su movimiento, sus rutas, movimientos tan seguros como las mismas ci^ugueñas vecinas en sus ciclos migratorios. Se lo decía a Manolo:

"Todas las ciudades tienen una plaza. Es un espacio vacío, precisa^mmente vacío para ser llenado. La ciudad como unidad no ha tenído

siempre mas que una plaza. La gente se congrega allí porque es eí centro, el corazón de un conjunto. Cuando todos estamo^s allí, habla^{do}

vive^{do}, palpita^{do} la ciudad. Desde Atenas hasta las ciudades de ahora, ^{ahora} ^{ellos} que han disociado su corazón único, ^{lo} que lo han partido y repartido

lentamente, y se está matando a la ciudad persona. ^{La única} Esta capital de

provincia ha ido trasladando, conforme a su ensanche, ^{esta Córdoba} un crecimiento especial, a otros sitios mas lejanos, pero ^{con} Córdoba, todavía, conserva

esta plaza. Pienso en la otra, la de allí abajo, que vive con un siglo de retraso, es la plaza del siglo diecinueve. Aún pudiera ha

ber otra que fuera la abuela de ésta, pero en una ciudad pequeña ^{está} es un solo corazón que se ha movído. Pedro el Cruel, en el siglo quin

ce, quiso llenar su fuente de tetas de mujeres cordobesas. La llenó con las cabezas de los nobles. Lucero, el Inquisidor, encendió en

un solo día cincuenta hogueras y con los santos fuera, las dalmáti cas, las salmodias y los inciensos, quemó ciento doce hombres cier

tamente marranos, incluidos mujeres y niños, cuyos gritos eran apa gados, por rosarios y letanias. Plaza, corazón y suceso, plaza como

ésta, viva, que tiene su historia, su palpitación, recogiendo las de las plazas anteriores, plazas de sangre, de alegría, de lujuria.

Plazas del dios de cada uno y del demonio de cada uno...

~~Encontrarse con~~

Indudablemente, Manolo no me oía y callé mi inútil charla, porque a mí mismo, me pareció que ~~estaba~~ estaba diciendo una letanía reudita y ridícula.

"Bueno, ya está ahí" -dijo Manolo, dándome un golpe cariñoso en la espalda. Me dí cuenta. Tenía que írse. Se introdujo y perdió en la cinta de la gente, en el engranaje, y desapareció. Fuí, entonces a la barra y, en el espejo deslumbrante, mi rostro me pareció sucio y mis ojos, más aún. Si, mis ojos debían estar sucios, de tanto ver. Sentí envidia del color de los vinos, de los coñacs transparentes con su claror y sus aromas líquidos, enclaustrados y vírgenes. Y, sa í yo también y me hundí en el baño de ojos, de miradas, de movimiento, que ~~la~~ ^{plaza} ~~calle~~ me tendía, ~~sucio él también como la masa toda~~ ~~pero~~ sucia de deseos escondidos, de oscuras intenciones y ~~oscuras~~ ^{morbosos} apetitos... *que bulbó me atraían...*

.

Apenas salí a la gran acera, la garganta se me llenó de la humedad caliente, que la lluvia de la tarde había dejado. La plaza estaba tibia, como si fuese calentada por el aliento colectivo de cientos de bocas, que respiraban y hablaban.

El cielo no era mas que anuncios luminosos, con un cromatismo monótono. Inmente ~~él~~ ^{yo} llevaba, siempre que acudía a la gran plaza, una justificación para estar allí. Pero, hasta encontrar otro amigo, él estaba solo. Pasear así, incluso para él, era harto sospechoso. La cinta aquella, de codo con codo, era solo rastro de ojos que veían y eran vistos.

Pero, había ^{una} cierta voluptuosidad en ir solo. Se pasaba, gradualmente, de una amargura a un cierto optimismo, y el yo iba cobrando energía, ^{porque} se iba concentrando y abriendo un mundo de posibilidades. Caminar era explorar. El mundo exterior (~~era-explorar~~) invitaba en to-

das las direcciones, amplio y abierto. Caminar era sustituir la angustia del yo por múltiples esperanzas difusas. Todo se olvidaba, disgustos con la gente, crisis, y amarguras. Se caminaba sin esperar de nadie, sin depender, plenamente independiente. Ese ma die, sin embargo, tenía un mundo dentro, el mundo vivo de lo abandonado, de todo lo ido como amor, amigos y conocidos mas o menos, ligados con mi persona. Cuando marchaba del Gran Bar hacia la barra del Boston, era como si todos los seres tuviesen una cierta careta de bruma que me hacía ^{era} desconocerlos y pasar a su lado, sin verlos siquiera. Yo, sin duda, me había metido en su caracol mental, como tocando un erizo puntiagudo e hiriente, y solo las cosas inanimadas me parecían ir cobrando vida, sustituyendo a las personas, por una extraña compañía de cosas mudas. Pero el copenar, bebiendo despaciosamente, me hacía ver el cristal lagrimeante, el caldo dorado de la uva, las botas, las umbrías de la bodega, el burbujeo de las tinajas. Todas-esas cosas eran vivas también, dotadas de movimiento, cualidades y tan mansas que más que las personas me interesaba esa bondad incansable y movediza que nacían y morían o simplemente existían sin ser personas. Las cosas eran amigas permanentes, los amigos no. Pero es curioso, que esa vida que yo les daba a las cosas dependía de mi afán por tener un diálogo de los ojos, del tacto mismo, con ellas ^{de los sentimientos} hasta mi propio cerebro pensante. Mi ga bardina, mis zapatos, mis cosas... Y me acordaba del "ható" de los mendigos solitarios, que tropezaba por los caminos. ¿Qué cosas serían las tuyas? A parte de los trigales verdes, del aire frío, del sol pálido, del asfalto, que también era algo suyo, ¿qué cosas serían aquellas? Quizás un pañuelo roto, una navaja mellada, un pantalón viejo, unas pobres monedas liadas en un harapo viejo. Pero eran sus cosas, y mas que su utilidad se estimaba su compañía, ^{el} tener al

go suyo, algo Y pasando al sentido de la propiedad al salir Juan Bernier al aire libre, como un mendigo bien vestido, comprendió que había cosas en que antes no había pensado, y eran suyas y podían ser amigas, para comprenderlas y ser comprendidas. Sí, esta niebla transparente, que nimbaba las grandes farolas; la película acuosa que envolvía a la ciudad; las nubes, como hinchadas, senos oscuros del agua, en lo alto; el espacio abierto de las calles; las posibilidades de ir y de no ir, de cambiar de dirección por inexplicables caprichos íntimos; todo ello era también una compañía, algo que completaba el desgajamiento de la relación humana, que si yo no había roto totalmente, ansiaba romper. Quizás era posible una libertad, pensó amargamente, porque el peso de su historia era todo ser vidumbre a lo mas insospechado y lo mas ridículo, pero sin saber si era libre o no, caminaba sonámbulo hasta la taberna de los plateros, donde había otra barra. Pero esta barra era mas ancha, mas pulida, como una gran mesa de manjares líquidos, donde, sin pedirlos, le pondrían una alta y fina copa prensada de amarillo por el caldo de Montilla. Vino amargoso, con un aroma que desnaturalizaba el ruido y las luces de neón de la taberna, absurdamente modernizada. Bebí un poco mas de prisa que de costumbre, porque una reunión de conocidos llegaba. El tíc de la pierna derecha, le dió un aviso. Tu pierna sana era la derecha pero tenía un tíc, una sensación de hormigas, de sequedad. No le quedaba sino la manía de cuidarse, como médico, de sí mismo.

Como otras veces, instintivamente, se dirigió a Boston y pidió una ginebra, única medicina experimentada con éxito sobre tal tíc. El comprendía cierto peligro en tal píldora, pero le era necesaria. A partir de la copa de ginebra vendría otra, y así sucesivamente, se encontraría dispuesto a empezar un recorrido a la vez consciente,

y a la vez reprimido. Más tarde. Era el punto de transición de lo que Angelines llamaba el Juan de día y el Juan de noche.

Había tres pasos, desde Boston hasta la puerta de la farmacia, donde Ana vendía cigarrillos. Esta era una etapa. Digamos que la escala se había encontrado, porque Juan Bernier era caritativo. Vió a Ana por primera vez en un frío día de Diciembre, arrebujaada en su manta, con las mejillas amoratadas y sus manos desnudas, ofreciendo una cajetilla de tabaco negro. El no se hubiera quitado los guantes ni desabrochado el abrigo, porque la temperatura invitaba a la prisa y al vaso cálido de alcohol en la taberna de frente, pero lo hizo, y Ana ya le miraba al llegar, le conocía y le guardaba su tabaco preferido, hasta cuando era difícil su encuentro.

-Aquí tiene su paquete.

A veces, delante de ella, ni siquiera le oía, porque miraba a otra cosa. Allí mismo tres calles se juntaban, estrechas, pero con un agudo ajedreo de idas y venidas. Una era más oscura, casi solitaria, a las horas vespertinas.

-Su paquete.

-Ah, sí.

Y, maquinalmente lo recogía, porque una figura joven se alejaba, volviendo una y otra vez la cabeza, por ^aquella calle. Era, casi un niño, con vestido azul sucio, y la cara muy de barrio y morena, que a mi mirada le recordaba algo. Pero se intranquilizó. Podía mirar que él miraba, y la dejó perder.

Le parecía ver, que alguien que salía de Boston, tomaba la misma dirección y pronto una, y despues otra figura, doblaban al fondo por donde él desaparecía también.

...¿No ve Vd. por donde va?

...Perdone.

...Era un tipo

Era un tipo atlético, al que había que pedir perdón sin duda, una especie de viajante con un maletín, grandes bigotes negros, madrileño, acaso o un gitano distinguido.

-Vaya Vd. con Dios, Don Juan.

¿Qué hacía Ambrosio en la puerta del Gran Bar, perfectamente vestido y con su cara de gallego sano, aún mas roja que el anuncio de la farmacia? A su pregunta, con el gesto, aquel levantó los hombros como diciendo: ¿espero. Oh, es verdad. ¿Había alguno que no esperase en aquella plaza? Estábamos en la plaza de las esperas, de las esperanzas y casi siempre de los desesperos. Juan sintió como un velo oscuro de amargura pasar por su pensamiento. De las dos formas de esperar él había pasado por la primera, la de esperar a alguien determinado y ahora como aquel pobre de Ambrosio, esperaba, pero esperaba a nadie, al indeterminado, a no se sabe quien.

Y rápidamente volvió a Boston a beber. Era mas hermoso esperar lo desconocido si en realidad merecía la pena el esperar algo. Ambrosio esperaba de pié en el quicio de una puerta. El rasurado platero cuarentón, esperaba en una mesa solitario, con la mirada fija en la calle. La cuarentona viuda de Bergillos, esperaba con la confianza de sus ropas multicolores y su cara empolvada. Los pilluelos del Campo de la Verdad, esperaban a un rubio danés o a un viajante, que los llevaría al hotel. Yo esperaba en Boston.

El capellán y su perro se habían ido, pero la barra estaba llena. Saqué la copa amarilla de vino de Moriles, y, como un rito, mirándola, la puse en los labios, comparando mentalmente su sabor con los vinos que probaría después. Era la primera copa, porque la primera no se saborea. Tenía dignidad, transparencia como un alimento, como algo tangible, y en mis manos este algo se personalizaba, humanizándose el sorbo como en una comunión. Lo bebía poco a poco, pequeñas

porciones de líquido amarillo computaban el tiempo de mi soledad. La última era como la de una clepsidra que se agota y da la hora de irse o de poner en marcha, otra vez, el reloj amarillo. Opto por salir a la plaza donde el gran reloj estaba mudo, aunque ya eran cerca de las nueve.

¿Donde estará Ricardo? Me disgusto conmigo mismo, porque esta pregunta la pensé con impaciencia. "Tengo tendencia a considerar mío, el tiempo de los demás. No es solo eso, sino, precisamente, como algo mío, su persona misma". ¿Y qué derecho tengo...? Pero aunque no hubiera razón, estaba molesto. El no encontrar a Ricardo rompía la costumbre, y yo era hombre de costumbres. Pero ¿acaso no era yo inteligente para saber que por agradable, tranquila y gozosa que fuera la costumbre, la variación proporciona más vida, más posibilidades, mas misterio sin duda? Verdad. Pero de asno yo tengo algo. De tropezar no dos, sino cien veces. ¿Es uno lo que es, o lo que quiere ser? Sin duda, nos juzgamos por este deseo de lo que no somos, y así nos consideramos, buenos, justos y mejores. En el número de calificaciones que uno se aplica, es muy difícil encontrar una desagradable. Si por la fuerza de la circunstancia se le aplicase es difícil de creer para uno mismo e íntimamente lo rechazamos. Menos mal que los demás se encargan de que nos demos cuenta, con o sin ironía. Sin duda se piensa muy rápidamente, cuando me doy cuenta de que instintivamente, he pedido una cerveza en el Gran Bar, porque el vino es detestable. Es como una escala provisional, porque el Gran Bar es el ojo enorme de la gran acera. Es difícil que delante de sus amplias cristaleras, todos, poetas, artistas, oficinistas, artesanos, no pasen frente a este ojo, mirando también. Veo la faz de ~~un~~ mauritano del pintor Miguel del Moral. Zesti, disimulando en tranquila distracción unos ojos hirvientes, que chupan miradas y al

mismo tiempo preguntan con sus rayos ópticos. Veo al abogado Calvo, con la cabeza baja, oteando los pantalones de los mocetones. Veo el magnífico tipo abacial del canónigo Sixto, con su mano fina, tropezando al azar, sobre bultos reales o ficticios. Veo al pequeño de pantalón corto, que trabaja en el "oficio", con su cigarrillo en la boca, incitante y poseído de su atracción en su cara pícara. Y, al lado, la figura rubia del chantajista que mira al pintor, al abogado y al cura, y solo espera a ^{deprenderlos} los contactos secretos, para aprovecharse de su oficio. Y, eso que hoy domingo, las madres y chiquillos llenan el bar, ^{lo} endomingados beben cerveza y comentan tapas, mientras el marido se aburre o se impacienta. Pero es su día, el de las mujeres casadas o sin casar, que se cuelgan, en estos días, los más extraños aditamentos y vestuarios, sobre sus figuras, muchas veces, horrorosas. Las solteras todavía no tienen esa ~~seguridad~~ dignidad, que con los años, convierten a las simples mujeres en madres ~~amas~~ o menos respetables. Pero, esas solteras, que comen sus gambas con dedos de doncella bien educada en colegio, de monjas, son, como pavos reales femeninos y ellas están pendientes de ser contempladas, porque ^{es un deber} ~~es~~ un deber de los hombres mirarlas y admirarlas.

"Mira el bello sexo...." -decía la otra noche, Ricardo, viendo pasar una provocativa, multicroma, recompuesta y ajada, pava real femenina. En realidad, casi todas las mujeres merecían ese comentario, soltado con toda el alma, por Ricardo. A mí, no obstante, me parecía que solo una educación absurda, convertía los cuerpos humanos de las mujeres en algo artificial, exteriormente ridículo, irritante y tonto. Todas habían nacido desnudas, como es natural, con la cara limpia, con sus movimientos, con su virginidad de maneras, con la gracia de una verdad humana. Esa gracia, la veía yo, en los adolescentes que salían de las piscinas, en ~~los~~ que se veía su sangre, su carne, su color, su cuerpo limpio, como recién nacidos, sin mancha. Pero a-

aquí no, todas las mujeres y algunos hombres salían vestidos de máscara, y yo salí de la pajarera maternal del bar esta tarde de domingo, esta tibia noche que acariciaba como terciopelo húmedo. Entre el ruido de la gente sobresalían los gritos de los muchachos que vendían los resultados deportivos. ¿Cuánto tiempo llevan las gentes contemplándose unas a otras? Los domingos son horrorosos, unos seres disimulan para que no los vean, otros seres son hombres o mujeres escaparates de pedrería y quincalla, de basurería y falsa creencia de autoalienación de ser dignos y que les demás los vean.

Todos los estudiosos que forman parte del volumen que les presentamos han sabido expresar con claridad expositiva y lucidez crítica las aportaciones originales de autores que, suficientemente relevantes, no terminan de ocupar los espacios que merecen por su calidad literaria, sabedores –como somos– de que no siempre la obra de un creador alcanza ese ámbito elíseo reservado por los dioses a la inmortalidad.

Manuel Gahete Jurado

Vicepresidente de la Real Academia de Córdoba

